

Amboise por decreto del Parlamento, á pesar de haber tomado en ello no pequeña parte. María Stuardo volvía á Escocia, llevando un secreto presentimiento de sus infortunios.

«Apenas acababa de nacer, dice Brantome, refiriéndose á esta princesa, cuando los ingleses acometieron la Escocia, y su madre, para ocultarla, tuvo que andar corriendo por todo el país... A pesar de eso no hubo mas remedio que esponerla á los vientos y tempestades del mar, emigrando á Francia para librarse de tanto riesgo.... Desde entonces puede decirse que principió á ser guiada por la buena fortuna. Pero esta duró muy poco. Habiendo quedado María Estuardo viuda de Francisco II, tuvo que regresar á un país medio salvaje, llevando grabada en el corazón la imagen del jóven esposo que acababa de perder. Vestida de luto no tenia mas consuelo que acompañar con el laud las endechas que su dolor le inspiraba: «Si adormecida en el lecho llego á gustar algun reposo, despierto creyendo haber oído su voz, y creyendo que he sentido que su mano me tocaba. Para mí no hay distraccion: su imagen está continuamente á mi lado.»

Se embarcó esta señora en Calais en los primeros dias de setiembre de 1561, en la flor de la edad, y á la salida del puerto vió naufragar un buque. Apoyada en la popa de la galera, y con los ojos fijos en las riberas, prorumpió en lágrimas al ver que la tierra se alejaba. Así permaneció cinco horas enteras en esta actitud, repitiendo sin cesar: ¡Adios, Francia! ¡Adios Francia! Así que llegó la noche: Adios, Francia querida, que ya vas desapareciendo de mi vista, repaña, ya no te volveré á ver nunca. Rehúsó bajar á la cámara de la galera; y se recostó sin tomar alimento alguno, mandando al timonero que la despertase al rayar el día, si es que aun se percibían las costas de Francia. En efecto, la tierra permanecía visible al salir la aurora, y María Estuardo las saludó con estas últimas palabras: ¡Adios, Francia! No hay remedio: Adios Francia! no pienso volver á verte nunca. (Brantome). Otra desterrada, mas desgraciada aun, habrá tal vez podido pronunciar esas mismas palabras, al ir á demandar un asilo solitario en el palacio de María Estuardo.

Promulgóse el primer edicto en favor de los hugonotes, y el Parlamento rehúsó desde luego tomar acta de él. Estalló la primera guerra civil á continuacion del asesinato de Vassy. El príncipe de Condé, declarado jefe de los protestantes, se apoderó de la ciudad de Orleans. Rouen cayó en poder de los hugonotes: Antonio, rey de Navarra, padre de Enrique IV, herido delante de esta plaza el 16 de octubre de 1562, murió por intemperancia de resultas de la herida: habia sido protestante y se hizo despues católico. Juana de Albret, su esposa, de católica se habia cambiado en hugonote muy fuerte, segun dice Brantome.

Dióse la batalla de Dreux, perdida por los hugonotes. Cayeron prisioneros los dos generales de ambos ejércitos, el príncipe de Condé, jefe del ejército protestante, y el condestable de Montmorency, jefe del católico. El mariscal de Saint-André fue muerto. El duque de Guisa decidió la victoria, y partió su lecho con el príncipe de Condé, su prisionero; este no pudo dormir, pero el duque de Guisa pasó la noche en un sueño (1562).

El duque de Guisa fue asesinado por Poltrot delante de Orleans. Es probable que el almirante Coligny tuviese noticia de los proyectos del asesino. Las últimas palabras de Guisa á Poltrot, bien conocidas de todos, no deben omitirse jamás; sin embargo es necesario repetir las, para recordar á la vez la memoria de dos grandes hombres:

«Aprende á conocer la diferencia que hay entre tu

religion y la mia: tú crees servir á Dios, cometiendo un asesinato; yo que soy la víctima, cumplo con mi religion, compadeciéndote é implorando tu perdón.»

Francisco de Guisa fue superior á su hijo Enrique aunque no haya sido llamado á representar tan brillante papel. Es preciso remontarse hasta los romanos para encontrar aquella herencia de gloria y de génio en una misma familia. Esta fue la época de mayor esplendor de la segunda aristocracia; al espirar despidió tanto brillo como la primera: era menos moral, pero mas civilizada y mas inteligente.

El 19 de marzo de 1563 ocurrió la primera paz entre los católicos y los hugonotes. Estos dieron los primeros el ejemplo de llamar á los extranjeros en su auxilio; ellos entregaron á los ingleses el Havre de Grace, que fue vuelto á tomar por Carlos IX. Dióse en esta época fin al Concilio de Trento: sus decretos de policia y de reforma no han sido recibidos en Francia.

En 1564, por ordenanza espedita en el palacio de Roussillon, en el delfinado, se fijó el principio del año en 1.º de enero. El año principiaba anteriormente el sábado Santo despues de visperas; lo cual, por la movilidad de semejante dia, producía aberraciones cronológicas. Habiendo nacido del cristianismo, la sociedad moderna, el año habia tomado de él su era; puede decirse que renacia con Cristo.

La historia de los monumentos y de las artes exige que se hable de los primeros trabajos de 1564 para la construccion del palacio de las Tullerías; elegante arquitectura perjudicada por las obras toscas con que ha sido aumentada.

En 1569 fue cuando tuvo lugar en Bayona la entrevista del rey y de Catalina de Médicis con Isabel de Francia, esposa de Felipe II y el duque de Alba. Se ha dicho que el asesinato de los jefes hugonotes fue aprobado en esta entrevista, despues de haber sido concebido en el concilio de Trento en 1563, por el cardenal Carlos de Lorraine. La reina, levantando tropas despues del viaje de Bayona, alarmó á los protestantes de Francia y extranjeros, hizo nacer la segunda guerra civil, y comenzar las revueltas de los Paisés-Bajos.

Apenas se echa de ver en aquellos tiempos el abandono del sitio de Malta por los turcos; de la misma manera que bajo Luis XIV no se hace atencion alguna del sitio de Candia, mas que por la muerte del héroe de la Fronda. Sin embargo, los inieles eran mas formidables que nunca, pero el espíritu de las cruzadas no existía. D'Aubusson, l'Isle-Adam y La-Vallette, representantes de la caballería, eran como aquellos reyes sin Estados, pero sin gloria, que sobreviven á su poder.

La primera ordenanza de Moulins reunió y asimiló los dominios poseidos por el rey á los dominios de la corona. Otra ordenanza de Moulins, para la reforma de la justicia, constituye aun hoy dia el fondo del derecho comun en el nuevo código (1566).

La asociacion de los pobres, para oponerse al establecimiento de la Inquisicion, sublevó los Paisés-Bajos. El príncipe de Orange tuvo que huir; el año despues, el duque de Alba hizo cortar la cabeza al conde de Horn y al conde de Aigzement.

La batalla de Saint-Denis señaló la segunda guerra civil. El condestable Anne de Montmorency mandaba el ejército real; el ejército protestante marchaba bajo las órdenes del príncipe de Condé y el almirante de Coligny. El condestable recibió ocho heridas, y rompió con el pomo de su espada los dientes á Jacobo Estuardo, que le tiró el último pistoletazo. Habia vivido durante cuatro distintos reinados, y tenia setenta y cuatro años de edad. Este condestable, hombre limitado, grosero y rígido, es el que constituye en parte la gloria nacional de los Montmorency. Esta casa era una ruina de la primera aristocracia

que seguía permaneciendo en medio de la segunda (1567).

Hé aquí una anecdota que pinta el carácter del hombre y los tiempos: el condestable, que no acostumbra tratar con mucha descortesía á todo el mundo, estaba en Burdeos: Strozzi le pidió el permiso de despedazar un buque de trescientas toneladas, que decia estaba viejo, para que con él se calentaran los guardias del rey. El condestable dió su permiso; las autoridades municipales y los consejeros de la corte, reclamaron diciendo que el barco estaba bueno y podia aun servir.

«Y quién sois vosotros, badulaques, exclamó el condestable, que os atreveis á contradecirme? Quiere decir, que enviaré ahora mismo personas que despedacen el armazon de vuestras casas en lugar del buque.»

Brantome, en un trasporte de admiracion, exclama: «Al oír estas palabras, se asombraron aquellos buenos hombres y se ruborizaron grandemente. El navio fue deshecho en una sola tarde, y jamás obra alguna ha sido ejecutada con mayor diligencia por parte de los soldados y escuderos.»

¿A quién pertenecía el buque? ¿Al Estado ó á los particulares? Hé aquí las ideas que entonces se tenían de la propiedad pública ó particular y de la autoridad de las leyes y de los magistrados. En las palabras del condestable se percibe la mezcla de las dos épocas, la insolencia aristocrática y el despotismo monárquico.

Establecióse la segunda paz de 1568, llamada la paz pequeña, seguida inmediatamente de la tercera guerra civil. Ocurrió la aventura y muerte trágica de don Carlos y de Isabel de Francia. La reina Isabel hizo prender á María Estuardo refugiada en Inglaterra. El canceller, llamado L'Hopital se retiró de la corte.

Dióse la batalla de Jarnac, ganada el 13 de marzo de 1569 por el duque de Anjou, que despues fue Enrique III contra Luis I, príncipe de Condé, muerto despues del combate por Montesquieu. El almirante de Coligny y el príncipe de Béarn (Enrique IV) jefes declarados del partido infundieron aliento á los hugonotes.

Despues de esta batalla se dió la de Moncontour en 3 de noviembre del mismo año, y fue perdida por el almirante Coligny.

Celebróse por tercera vez la paz, en San German, durante el mes de agosto de 1570. En 1571, fue propuesto el casamiento de Enrique de Borbon, príncipe de Béarn, con Margarita, hermana de Carlos X y de Enrique III.

Aquellas batallas de las guerras civiles religiosas, que hicieron tanto ruido, han desaparecido hoy entre las grandes batallas de la aristocracia bajo el feudalismo, casi todas perdidas contra los extranjeros, y las grandes batallas de la democracia durante la revolucion, casi todas ganadas sobre los extranjeros.

Desde la época de los Valois, no queda mas que una sola batalla, cuyo recuerdo sea europeo; y es la de Lepanto: allí se encontraron frente á frente las dos religiones, que, despues de nueve siglos, no habian podido terminar sus disputas. La Grecia, esclava, vió por lo menos humillados sus tiranos, y pudo tener un presentimiento del único combate naval que debia dar en Navarino la libertad que habia en otro tiempo conquistado en Salamina.

El año de 1572 salió de las entrañas de los tiempos todo sangriento, guardó y no enjugó la sangre de su materno origen. Juana de Albret, reina de Navarra, vino á París á casar á su hijo Enrique con Margarita de Valois. El almirante Coligny y los señores protestantes vinieron á la misma ciudad para asistir á aquellas bodas y conferenciar acerca de la guerra de los Paisés-Bajos. La reina de Navarra murió, quizá en-

venenada. «Fue reina, que no tuvo de mujer mas que el sexo, su alma era enteramente varonil. Su espíritu estaba poderosamente inclinado á los negocios graves, y su corazón era invencible en las adversidades.» (D'AUBIGNÉ).

«El rey la llamaba su gran tia, su todo, su mejor amada... Por la noche al retirarse, dijo á la reina su madre riendo: ¿Y bien, señora, ¿qué os parece de esto? ¿Hice bien mi papel?» (L'ESTOILE).

Enrique, rey de Navarra, se casó con Margarita de Valois. «Despues que el rey hubo consumado la jornada de San Bartolomé, decia riendo y jurando, segun costumbre, y con palabras que el pudor obliga á callar, que su gruesa Margarita (Margat), al casarse, habia cogido todos aquellos rebeldes hugonotes con el reclamo.» (L'ESTOILE).

Maurevert hirió al almirante de un tiro de arcabuz y ocurrió la matanza de los hugonotes el dia de San Bartolomé.

Coligny fue muerto el primero: «Berme, Hustefort y Hattam, encuentran al almirante en pie en el momento de morir; les amonesta tengan piedad de su vejez, pero aun sintiendo sus frios aceros en el cuerpo, prolongan por breves momentos la vida; abraza una ventana para no caer, y al fin cae, saciando los ojos de aquel hijo cuyo padre habia hecho morir.» (TAVANES).

La misma historia añade: «El rey de Navarra y el príncipe de Condé, son llevados ante el rey. Este les propone la misa ó la muerte, amenaza al príncipe de Condé con que no se podia fingir impunemente. La resolucion de matar solamente los jefes no tuvo efecto; muchas mujeres y niñas fueron muertas por la furia popular; el número de los asesinatos llegó á dos mil.

Tavannes quiso que la matanza no cayese mas que sobre los jefes de los hugonotes, y que se ganase la batalla en París, sosteniendo «que esta ejecucion debia ser limpia de todo motivo de reprension como verificada por la fuerza de las circunstancias que la habian hecho necesaria en el órden de los acontecimientos; que los niños, aquellos príncipes y mariscales de Francia (el rey de Navarra, el príncipe de Condé, los mariscales de Montmorency y de Damville), y personas de poco espíritu, no debían sufrir la misma suerte que los culpables.»

El mariscal de Retz sostenia lo contrario, diciendo: «que era preciso matarlos todos; que aquellos príncipes jóvenes educados en la religion, cruelmente ofendidos por la muerte de su tio y de sus amigos, se resentirian; que no se debia agraviar á medias; que en aquellas medidas extraordinarias era preciso considerar la necesidad; que habiéndose resuelto una vez ponerlas en ejecucion, era preciso no omitir nada que pudiese causar la ruina del objeto de paz á que se tendia; que si era justo en un jefe lo era en todos; puesto que de las partes en conjunto dependia el éxito principal de la accion. Añadió que por lo tanto era preciso cortar las raíces para que nada quedara; que si el proyecto no era justo, se desistiera de llevarlo á cabo y no se emprendiera nada; y que por último si se rompian las leyes debían violarse completamente para su seguridad, pues que el pecado tan grande era por poco como por mucho. La opinion del señor Tavannes, prevaleció como mas justa, y porque se creyó que la del mariscal de Retz se fundaba en la ambicion de los Estados que él queria para su provecho.»

Hé aquí la doctrina de los asesinatos terminantemente espuesta, la data no es de nuestros dias.

Despues de la matanza de la jornada de San Bartolomé (1), Carlos IX «apareció completamente varia-

(1) No doy casi ningun detalle sobre los sucesos de esa jornada por la siguiente razon; Bonaparte habia hecho trans-

«do, y se decía que ya no se le veía en el semblante aquella dulzura que se le acostumbraba á ver.» (BRANTÔME).

Aquella execrable jornada no produjo mas que mártires; dió á las ideas filosóficas una ventaja que no perdieron sobre las ideas religiosas, y haciendo á los católicos odiosos, aumentó la fuerza de los protestantes. En 1573 estalló la cuarta guerra civil por la sublevacion de la ciudad de Montanban. El senescal de Périgord, Andrés de Bourdeille escribía al duque de Alençon el 13 de marzo de 1574: «Si el rey, la reina y vos no providenciais acerca de las revueltas del Estado, de otro modo que lo habeis hecho en lo pasado, temo veros reducidos á una pequeñez como la mia.»

El duque de Anjou puso sitio á la Rochela. Celebróse la cuarta paz ventajosa á los hugonotes. El duque de Anjou (después Enrique III) fué á tomar la corona de Polonia, y á contar á los bosques de la Lituania y á su médico Miron, los asesinatos cuyo recuerdo le impedía dormir: «Os he hecho venir aquí para daros cuenta de mis inquietudes y agitaciones de esta noche que han turbado mi reposo pensando en la ejecucion de la San Bartolomé.» Al dejar la Francia, el duque de Anjou habia sido mas perseguido por el recuerdo de sus crímenes que por el de sus amores, escribía con su sangre á María de Cleves, primera esposa de Enrique I, príncipe de Condé.

En el año de 1574 se formó el partido de los políticos ó sea de los centros, que por último prevalecieron, porque componiéndose de hombres razonables, como sucede en todas las revoluciones, contaban con la razon, que es una de las condiciones de la existencia social. Los políticos tenían por jefes al duque de Alençon y los Montmorency; la faccion mas débil, la de los hugonotes, se adhirió naturalmente á los políticos. Molé y Coconas fueron decapitados por intriguantes; el primero era amado de la reina Margarita, y el segundo de Enriqueta de Cleves, duquesa de Nevers.

Hacia dos años que Carlos IX languidecía, y se felicitaba de no tener hijos por temor de que fuesen tan desgraciados como él. Habiendo sabido una sublevacion de príncipes: «¡A lo menos, dijo, si hubiesen esperado mi muerte! pero esto seria aborrecerme demasiado.» Murió en el castillo de Vincennes el 3 de mayo de 1574. Dos dias antes de espirar, los médicos habian hecho que se retirasen todas las personas de su cámara, «excepto tres, á saber: La Tour, Saint-Pris y su nodriza, que S. M. queria mucho aunque era hugonote.»

«Como ella se hallase reclinada en un cofre dormitando, y como hubiese sentido que el rey se quejaba, lloraba y suspiraba, se acercó suavemente á la cama, y separando el pabellon, el rey comenzó á decirle, dando un gran suspiro, y arrojando tantas lágrimas que los sollozos le embargaban la palabra: ¡Ah! ¡Mi nodriza, mi nodriza, cuánta sangre y cuántos asesinatos! ¡Ah! ¡Por qué habré seguido un consejo tan malvado! ¡Oh, Dios mio! Perdonádmelos si te place... ¡Qué haré! Estoy perdido, bien lo veo.» Entonces la nodriza le dijo: «¡Señor, los asesinatos caigan sobre aquellos que os los han hecho cometer! Y puesto que no prestásteis vuestro consentimiento, y estais ademas arrepentido, creed que Dios no os los

portar á Paris los archivos del Vaticano; inmenso y precioso tesoro que, bien registrado, podía cambiar en gran parte la historia moderna. De cualquiera manera que sea, algunas averiguaciones hechas en este depósito sobre la época de la de San Bartolomé, me han puesto en posesion de los despachos de Salviati, encargado entonces de los asuntos de la corte de Roma en Paris. Estos despachos, algunos de ellos en cifra, con la traducción interlineada, son de grande interés. Quizá los publicaré algun dia, uniéndoles en forma de introduccion la historia completa de aquella jornada.

imputará jamás, y los cubrirá con el manto de la justicia de su hijo, al cual debeis solamente pedir auxilio; pero por Dios, cese V. M. de llorar. Después habiéndole dado un pañuelo; porque el suyo estaba mojado con las lágrimas; tan pronto como le tuvo en la mano, la hizo seña de que se marchase y le dejara reposar.»

Este rey que hacia fuego desde las ventanas de su palacio sobre sus súbditos hugonotes, se reprendía sus asesinatos, entregando su alma en medio de remordimientos, vomitando su sangre, vertiendo torrentes de lágrimas, abandonado de todo el mundo, y siendo solamente socorrido y consolado por una nodriza hugonote! ¡No habia alguna compasion para este monarca de veinte y tres años, nacido con disposiciones felices, con gusto para las letras y las artes, con un carácter naturalmente generoso, que una madre execrable se habia propuesto depravar por todos los abusos del desarreglo y del poder? Carlos IX habia dicho á Ronsard, en versos cuya sencillez y elegancia el mismo Ronsard debia haber imitado; los dos llevamos igualmente coronas; pero yo como rey la he recibido; tú como poeta puedes darla. ¡Dichoso habria sido este príncipe si no hubiera recibido una corona manchada con su sangre y la de los franceses, adorno incómodo de la cabeza cuando tiene que reclinarse en la almohada de la muerte!

El cuerpo de Carlos IX fué conducido sin pompa á Saint-Denis, acompañado por algunos arqueros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara y por Brantôme, narrador cínico que moldeaba los vicios de los grandes como se saca el retrato de la cara de los muertos.

ENRIQUE III.

(Desde el 1574 al 1589).

Tan pronto como Enrique III supo la muerte de su hermano, se evadió de Polonia como de una prision; se sustrajo de la corona de los Jagellons que encontraba muy ligera, y vino á abrumarse bajo el peso de la de San Luis. «Cuando tuvo puesta la corona en la cabeza (en su consagracion en Reims el 15 de febrero de 1574) dijo bastante alto, que le heria, y se resbaló por dos veces como si hubiera tratado de caerse.» (L'ESTOILE).

Le habian aconsejado á Enrique III en Viena y en Venecia concluir la paz con los hugonotes, y no escuchó el consejo; detestaba por igual á los protestantes y á los Guisas. Aquí dió principio el reinado de los favoritos (1574).

La primera generacion de los Guisas concluyó este mismo año con el cardenal Lorraine (26 de diciembre de 1574). «El dia de su muerte se levantó en Avignon, en Paris y en casi toda la Francia un viento tan impetuoso, que no habia memoria de otro igual. Los católicos adictos á Lorraine decían que la vehemencia del huracan era indicio de la cólera de Dios sobre la Francia, anuncio de lo que costaria la pérdida de tan bueno, tan grande y tan sabio prelado; y los hugonotes, por el contrario, que era la algazara de los diablos que se juntaban para venir á buscarles. También decían que durante su enfermedad, cuando se trataba de hablarle de Dios, no tenia en la boca mas que palabras indecentes... Al oír el arzobispo de Reims, su sobrino, tal lenguaje, dijo, riendo: Yo no veo nada en mi tio que nos haga desesperar de su salud; pues que conserva aun todas sus palabras y acciones naturales.» (L'ESTOILE). Catalina le creyó ver después de su muerte.

El duque de Alençon se puso á la cabeza de los descontentos, é Isabel les envió socorros. Lesdi-guieres acaudilló los protestantes del Delfinado en

lugar de Montbrun, que habia sido cogido y decapitado. Este partidario tenia la costumbre de decir que la suerte de las armas hacia los hombres iguales (1575).

Enrique, rey de Navarra, se escapó de la corte, y vino á ser el jefe de los hugonotes, adjurando de la religion católica que habia abrazado por fuerza. Celebróse la quinta paz, ó sea el quinto edicto de pacificación, que concedía á los protestantes el culto público de su religion. Les otorgaba en los ocho parlamentos del reino cámaras divididas por igual; legitimaban los hijos de los sacerdotes y de los monges casados, y rehabilitada por medio de una confusion injuriosa la memoria del almirante, de la Molé y de Coconas. Era una gran conquista de las opiniones nuevas sobre las antiguas, y un extraño pero natural resultado de la noche de San Bartolomé; este resultado no fue durable, porque la revolucion no habia descendido á las clases populares. El quinto edicto de pacificación produjo una reaccion que fue la liga.

La idea de la liga habia sido concebida por el génio de los Guisas; el cardenal de Lorraine también la habia tenido en el concilio de Trento; la muerte de Francisco de Guisa habia sido causa de su abandono, pero fue posteriormente prohibida por el Acuchillado. Los caballeros de Picardía y los magistrados de Prona firmaron en 1576 una confederacion: es el primer documento oficial de la liga.

Los caballeros de Bearn, de Guienne, de Poitou, del Delfinado y de Borgoña, vinieron á ser los capitanes del ejército protestantes, así como los caballeros de Picardía y otras provincias fueron los capitanes del ejército de los católicos. Enrique III, inspirado por su madre, que tomaba las revoluciones por intrigas, creyó descubrir los proyectos de los Guisas, declarándose jefe de la liga; se asoció á una faccion que le detestaba, y cuyos furores autorizó con su nombre.

Bajo la liga el pueblo no marchaba á la cabeza de sus negocios; dejábase conducir por los poderosos. No habia formado un gobierno á parte; habia tomado lo que existía; solamente se hacia servir por el Parlamento, y habia transformado sus curas en tribunales. Cuando Mayenne lo juzgaba á propósito, mandaba ahorcar indistintamente á quien le parecia, fuese del pueblo ó fuese de los Diez y Seis, especie de comité de salud pública de aquel tiempo.

Ademas la liga, cualesquiera que sean sus crímenes, es lo cierto que salvó la religion católica en Francia, en el sentido de haber dado soldados y un jefe á antiguos principios y antiguas ideas que atacaban los principios y las ideas nuevas. El reinado se encontraba combatido por la liga, que queria cambiar la dinastía; y por los protestantes, que tendían á mudar la constitucion del Estado. Este doble asalto que debia arrollar la corona, la salvó, cuando Enrique IV, abandonando los protestantes, cuyo culto protegía, se reunió á los católicos á quienes dió un rey.

Promulgóse el sexto edicto de pacificación menos favorable que el quinto (1577).

A este año se refiere la expedicion de don Sebastian á Africa. Este príncipe, que algunos aldeanos de Portugal quizá esperan todavía, pereció en un combate contra el rey de Marruecos. Camoens tendido en su lecho de muerte, alimentado apenas de las limosnas que un fiel esclavo iba á mendigar para él por las calles de Lisboa, exclamó al saber la suerte de su rey: «¡La patria se ha perdido, pero á lo menos yo muero con ella!» Y el Tasso, casi tan desgraciado como Camoens, felicitaba en bellos versos á Vasco de Gama por haber sido cantado por el noble génio cuyo vuelo habia escedido al de las naves que llegaron á encontrar las regiones de la aurora.

Después del gran navegante, del gran rey portu-

gués y de los dos grandes poetas, ¡qué innobles y pequeños parecen aquellos favoritos y aquellos príncipes tan poco dignos de un elevado rango! Entonces fue cuando los duelistas Caylus, Maugiron y Livoret, se batieron contra D'Entragues, Riberac y Schomberg; cuando Enrique III hacia levantar á Caylus, Maugiron y Saint-Mesgrin estatuas y tumbas que no tenían, don Sebastian en los desiertos de Africa; Gama en las riberas de la India, ni los cantores de la Jerusalem y de la Lusitania en las orillas del Tajo y del Tiber.

«Porque para celebrar la memoria de Caylus y Maugiron, á causa de las raras y detestables rufianerías y blasfemias que habian cometido, Enrique de Valois les hizo levantar soberbias estatuas de mármol blanco, puestas en una base, á cuyo alrededor habia muchas descripciones, como si fueran personajes generosos, cerca de lo que los del siglo sabian lo contrario; y los católicos estaban enojados porque denigraban la santidad del lugar (que era la iglesia de San Pedro en Paris) las efigies de tales libertinos y renegados de Dios. (Vida y muerte de Enrique de Valois).

El duque de Alençon, que llegó á ser duque de Anjou, llamado por los católicos de los Pais-Bajos, se mostró indigno de la soberanía que se le queria confiar: «Príncipe, decía el rey de Navarra, (después Enrique IV) que tiene tan poco valor, el corazón tan doble y tan maligno, y el cuerpo tan mal configurado.» Margarita de Valois, que le habia amado mucho, declaraba, que si la infidelidad fuese procripta de la tierra, él la podía volver á poblar (1578).

La Orden del Espíritu Santo, creada en 1579, ó mas bien renovada de la Orden del mismo nombre ó de la llamada del Buen Deseo, instituida por Luis de Anjou, fue al principio bastante mal acogida. Enrique III, elegido rey de Polonia el dia de Pentecostés, y elevado á la corona de Francia en el aniversario de este mismo dia, instituyó su Orden en memoria de aquel doble advenimiento. Se ha dicho que esta Orden tenia un origen mas misterioso, indicado en el enlazamiento de las cifras. Se decía que estas cifras designaban el nombre de los donceles del rey y Margarita su hermana. Segun Brantôme, la Orden no debia sostenerse, porque habia ido á la cocina, esto es por haberse dado á Combaut, primer jefe de la cocina de palacio. Las reflexiones que hemos hecho á propósito de la Orden de la Jarretiere, se aplican igualmente á la del Espíritu Santo. Las huellas de la sangre de Luis XVI se han borrado en el pavimento de Paris; las cenizas de Napoleon están escondidas (1) bajo la roca de una isla desierta, y la cinta de Enrique III ha reaparecido en aquel palacio de Catalina de Médicis, ante el cual cayó la cabeza del rey mártir, y donde reposó la del vencedor de la Europa, en fin, cubre todavía en el palacio de los Estuardos el seno del desterrado, que abdicando la corona (como lo he dicho en el prólogo de los Estudios), ha hecho abdicar verosimilmente con él todos aquellos reyes, grandes vasallos de pasado, bajo el dominio eminente de los Capetos.

Una ordenanza retrógrada, dada á consecuencia de los acuerdos presentados por los Estados de Blois de 1576, dispuso que los «plebeyos y no nobles que compraran feudos nobles, no serian por esto ennoblecidos ni puestos en la categoría de nobles.» La nobleza se apercibía de que sus filas se veían atacadas. Como acontece siempre en vísperas de grandes revoluciones, se queria resarcir por actos del poder lo que el tiempo habia quitado.

Portugal cayó en manos de Felipe II, después de la muerte del cardenal Enrique, que habia sucedido á don Sebastian. Isabel, reina de Inglaterra, lisonjeó

(1) Cuando se escribía este Análisis histórico.

al duque de Anjou con la esperanza de casarse con él. Los Estados de Holanda quitaron la soberanía de los Países-Bajos á Felipe II, y le confirieron al duque de Anjou. El condado de Joyense y la baronía de Espéron fueron erigidos en ducados-pariatos para dos favoritos de Enrique III, que gastó un millón doscientos mil escudos en las bodas del duque de Joyense, prometiéndole otros cuatrocientos mil más. Los tributos, elevados á treinta y dos millones, escudieron en veintidos á los del último reinado (1580, 1581).

Se reformó el calendario gregoriano (1582).

El duque de Anjou, envidioso del príncipe de Orange, quiso apoderarse de Anvers: los franceses fueron rechazados por los paisanos, cuatrocientos hidalgos y mil doscientos soldados perecieron en este encuentro. Despreciado y abandonado, el príncipe francés se retiró á Tremonde. «Dos días después de este desastre, se habla de la muerte del conde de Saint-Aignan, bravo oficial y muy fiel á su servicio, quien se había ahogado en esta ocasión: yo creo, decía el príncipe, que cualquiera que hubiese podido tener ocasión de contemplar en aquella hora á Saint-Aignan, le habría visto hacer un agradable visaje.» Esto lo decía porque el conde tenía la costumbre de hacer gestos. Así eran pagados la sangre y los servicios. El duque de Anjou murió al año siguiente de edad de treinta años. Por esta muerte, el rey de Navarra venía á ser heredero de la corona, no teniendo hijos Enrique III.

El duque de Guisa aprovechó esta ocasión para poner en movimiento la liga, de que se declaró jefe; se trataba según él, de separar del trono á un príncipe hereje: Guisa codiciaba esta corona, y no se atrevió á tomarla. El príncipe de Orange fue asesinado en Delft por Baltasar Gerard. Quisieron darse á Enrique III los Países-Bajos, pero los rehusó; la Francia por un destino constante perdió esta vez la ocasión de estender sus fronteras hasta las riberas del Rhin (1584).

El cardenal de Borbon tomó en un manifiesto el título de primer príncipe de la sangre, y pidió que la corona se mantuviera en la rama católica; el papa y casi todos los príncipes de Europa apoyaron esta declaración, que venía á continuación de un tratado hecho con el rey de España para el sostenimiento de la liga. El rey permaneció pasivo en medio de aquellos desórdenes; la liga principió la guerra por su propia cuenta contra los hugonotes.

Sisto V, que recordaba los grandes pontífices de tiempos pasados, había sucedido á Gregorio XIII; desaprobaba la liga y escomulgó al rey de Navarra á quien declaró indigno de suceder en la corona. Enrique IV apeló de semejante determinación al Parlamento y al concilio general, é hizo fijar este llamamiento hasta en las puertas del Vaticano. Los Diez y Seis comenzaron á gobernar en París. Aquí principió la guerra de tres Enriques. Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y Enrique, duque de Guisa (1585, 1586).

A María Estuardo, después de diez y nueve años de cautividad, se le cortó la cabeza en el castillo de Fotheringay el 18 de febrero de 1587. Las coronas no eran inviolables. «La víspera de su muerte, después de cenar, rogó á todos los de su servidumbre la encomendaran á Dios. A lo cual obedientes, se pusieron de rodillas mezclando sus lágrimas con su vino y bebiendo por su señora. El día de la muerte mandó á una de sus camaristas venderle los ojos con un pañuelo que ella espesamente había dedicado á este efecto. Estando ya vendada, se arrodilló apoyándose en el tajo, creyendo que iba á ser ejecutada con una espada á la francesa; pero el verdugo, asistido de sus satélites, la hizo poner la cabeza en el tajo y la cortó con una azuela.» (PASQUIER.) Cualesquiera que fuesen los años de Isabel y de Ma-

ria, es probable que una rivalidad de mujer y una superioridad de talento cortaran la vida á esta última.

Los Diez y Seis pensaron en apoderarse del rey y hacerle descender del trono. La Sorbona dió un decreto en el cual se decía que era ilícito quitar el gobierno al príncipe, que no se le juzgaba tal cual era necesario, como se quita la administración al tutor que se tiene por sospechoso. ¿Las doctrinas de los tiempos de la antigua monarquía representaban mas la majestad de los reyes y el derecho divino que las doctrinas de la monarquía constitucional? Enrique III se consolaba recibiendo la orden de la Jarretiére, y estableciendo los Fuldenses en París.

Enrique de Navarra ganó la batalla de Contras, donde el duque de Joyense fue muerto á sangre fría, como lo fueron Francisco de Guisa delante de Orleans, el príncipe de Condé en Jarnac, el mariscal de Saint-André en Dreux, y el condestable de Montmorency en Saint-Denis. El Bearnais en lugar de aprovecharse de la victoria volvió junto á Corisandre. Muchas veces este príncipe aventuró la corona por sus amores, y esto constituye sus debilidades, que unidas á su valentía y á sus infortunios le han hecho tan popular.

Enrique I, príncipe de Condé, murió envenenado en Saint-Jean-d'Angély; Carlota de la Trémouille, su esposa, acusada del envenenamiento, fue declarada inocente ocho años después por decreto del Parlamento, contra la orden espesa de Enrique IV. La viuda de Condé, quedó en cinta y parió un hijo, á quien se dió el nombre de Enrique II, y fue abuelo del gran Condé. Esta raza heroica era como una llama siempre pronta á inflamarse; mas por último se estinguió.

Año de 1588, jornada de las barricadas.

Habiéndose los Diez y Seis concertado con el duque de Mayenne, en ausencia del duque de Guisa, que se mantenía apartado de París por temor de ser sorprendido por el rey, habían resuelto apoderarse de la Bastilla después de haber muerto, si podían, al caballero de vigilancia, al primer presidente, al canceller, al procurador general, á los señores de Guesle y d'Espesses y algunos otros. Contaban asaltar el arsenal, por medio de un fundidor ganado por su partido, y que les abriría las puertas. Algunos comisarios y guardias municipales, fingiendo llevar por la noche prisioneros, estaban encargados de ocupar el grande y el pequeño *Chatelet*. Otro bando de conjurados debían estar prontos á apoderarse del Temple, de las Casas Consistoriales y del palacio de Justicia, á la hora en que había costumbre de permitir la entrada al público. En cuanto al Louvre; debía ser sitiado y bloqueado á la vez por las calles confinantes; y por último se convino en que después de degolladas las guardias; se arrestaría al rey.

En el consejo secreto donde se concertaba el plan de esta insurrección de los de la liga, uno de los conjurados hizo presente que había en París muchos ladrones, y seis ó siete mil obreros á quienes no se podía dar parte en a empresa; que estos una vez entregados al pillaje y aumentándose como una bola de nieve, harían abortar el plan. En vista de esta observación que pareció justa, se adoptó la idea de levantar barricadas, las cuales consistían en estender cadenas á la entrada de las calles, y en colocar contra estas cadenas toneles llenos de tierra. Formadas las barricadas no se permitiría á ninguno atravesarlas sin pronunciar las palabras de orden, y sin manifestar una señal convenida. Solamente cuatro mil hombres tendrían la entrada en los atrincheramientos para ir al Louvre á atacar á los guardias del rey, y á los puestos donde se encontrasen las fuerzas militares. Después de haber degollado á la nobleza alojada en diversos cuarteles de la ciudad con los poli-

ticos y los sospechosos se gritaría: ¡Viva la misa! Todos los buenos católicos tomarían las armas, y el mismo día las ciudades de la liga imitarían á París. Al punto que fuesen señores de Enrique, se quitaría la vida á los miembros del consejo, dando otros ministros al rey, cuya persona se respetaría, con la condición de que no se mezclase en adelante en ningún asunto.

Advertido Enrique III de aquellos proyectos no los quería creer, engañado por Villequier, que continuamente le repetía que el pueblo le amaba demasiado para emprender nada contra su persona. La Bruère, La Chapelle, Rolland, Le Clerc, Cruce y Compan, principales jefes de los Diez y Seis, se reunieron de nuevo en la casa de Santeuil, cerca de San Gervasio. Nicolás Paulin, que lo contaba todo al rey se encontraba allí también; se leyó una carta del duque de Guisa que prometía maravillas. La Chapelle desplegó un gran mapa de papel grueso, en donde París y sus arrabales estaban figurados; los diez y seis cuarteles de la capital fueron reducidos á cinco que cada uno tuvo por jefe un coronel y un capitán. Hecho el nombramiento, se encontró que podían ofrecerse al duque de Guisa treinta mil hombres bien armados.

El acuchillado (Balafre) envió por su parte capitanes experimentados, que se ocultaron en París; la puerta de Saint-Denis de que él tenía las llaves debía ser franqueada al de Aumale, que se introduciría en la capital la noche del domingo de Cuasimodo con cincuenta caballeros; el duque d'Espéron hacia por el rey la ronda militar, desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana; dos de entre su gente vendidos á los de la liga, estaban encargados de desembarazarse de él.

Incrédulo como la debilidad que teme obrar, Enrique hubiera podido veinte veces prender á Le Clerc y sus cómplices en los conciliábulos que le indicaba Nicolás Paulin; pero había llegado á sospechar de que este fiel servidor estaba adherido al partido de los hugonotes, é interesado en aumentar el mal: la pusilanimidad mira con aborrecimiento al que le demuestra el peligro.

El rey no encontró cosa mejor que hacer, en medio de aquellos peligros, que ir pacíficamente á San German, llevar el duque de Espéron, y no volver hasta ocho horas después. Madama de Montpensier advirtió á los Diez y Seis que la mina estaba descubierta, y que ella había rogado á Enrique III recibiese al duque de Guisa, su hermano, que vendría solo á justificarse cerca de su majestad de los proyectos de que se le acusaba injustamente. Enrique impidió al duque de Guisa, la entrada en París; la orden fue mal dada ó mal ejecutada; no se encontraron algunos escudos en el tesoro para hacer partir un correo. Al través de aquellas mil conjuraciones, madama de Montpensier había notado que el rey se iba á pasear casi sin escolta á los bosques de Vincennes; inmediatamente concibió el proyecto de arrebatar al rey, de echar la culpa de este rapto á los hugonotes, y proceder á la matanza de los políticos. El golpe faltó como siempre por las revelaciones de Poulain. El duque de Guisa vino á París á pesar de la prohibición régia, confiando como era natural en Catalina de Médicis que le prometía ordenarlo todo en su provecho. La reina madre, no acordándose mucho de su hijo, quería volver á tomar el Imperio enredando los negocios y los intereses.

La entrada del Acuchillado en París, fue un triunfo; el tropel se precipitó á su paso, gritando: ¡Viva Guisa! ¡Viva el pilar de la iglesia! besando sus vestidos, y haciéndoles tocar los rosarios como si fuera un santo. De todas las ventanas las mujeres le arrojaban ramos y flores. Luis de l'Hopital Vitry, desde una tienda de la calle de Saint-Honore se puso de

manifiesto, exclamando: «Buen príncipe, puesto que estais aquí, todos nos hemos salvado.» El jefe de la liga se apeó en el palacio llamado de Soisson, esto es, en casa de la reina madre, Catalina se vió confusa al principio; pero reponiéndose, condujo á su huésped ante el rey. Iba en su coche, y el duque marchaba á pie cerca de ella. Cuando llegaron al Louvre encontraron la guardia doblada, los suizos ordenados en hilera, los arqueros en las salas, y los gentiles hombres en las cámaras. En este momento Enrique III deliberaba si haría caer la cabeza de su enemigo á sus pies. Un corso, llamado Alfonso Ornano, había sido llamado y propuesto para ejecutar de las altas obras del rey. El duque de Guisa entró con Catalina en el gabinete del monarca, quien le echó en cara haber violado sus órdenes. El duque balbuceó algunas excusas, aprovechó un momento de vacilación de Enrique, y se retiró sin ser arrestado. Otra entrevista tuvo lugar en el palacio de Soissons, pero entonces Guisa estaba guardado por el pueblo.

Sin embargo, el rey hizo entrar el jueves 4 de mayo cuatro mil suizos en París. El pueblo los vió desfilar en silencio, y parecía bastante tranquilo, cuando un *fanfarron de corazón*, según dice Pasquier, creyendo asegurada la victoria, dijo en alta voz: que no había mujer de bien que pudiera darse por satisfecha de la discreción de un suizo. Estas palabras pronunciadas en el puente de San Miguel produjeron una explosión como la chispa que cae sobre la pólvora. En un momento se desempedrarón las calles, las piedras se llevaron á las ventanas, se tendieron las cadenas, reforzándolas con muebles, planchas, vigas y toneles llenos de tierra. Se tocó á rebato, las tropas reales abandonadas y sin orden se encerraron en los atrincheramientos, y las últimas barricadas llegaron á ponerse hasta en los postigos del Louvre.

El duque de Guisa no apareció durante las primeras horas: retirado en su palacio se ocupaba de los medios de retirada. Cuando supo todo el suceso de la insurrección, se presentó en público; entonces resonó el grito de ¡Viva Guisa y él, quitando su gran sombrero, decía: mis amigos, ¡basta, basta! ¡señores, esto es demasiado! gratitud ¡viva el rey! El puesto de los suizos, en el Mercado Nuevo, atacado con piedras y arcabuces, tuvo sobre unos treinta muertos ó heridos. Estos extranjeros, cuya suerte era hacer tan triste papel en las revueltas domésticas de Francia, no se defendieron; tendieron sus manos al tropel, enseñando sus rosarios y exclamando: ¡Buenos católicos! como hubieran dicho en las últimas barricadas. ¡Buenos liberales! El duque de Guisa los libertó, y permitió retirarse á los soldados del rey, haciendo abrir las barreras que se cerraban detrás de ellos. Las negociaciones comenzadas por Catalina no concluyeron nada. Los predicadores declararon que era preciso apresar al hermano Enrique de Valois en su Louvre. Setecientos ú ochocientos estudiantes y tres ó cuatrocientos frailes se proponían asaltar el palacio por el lado de París, mientras que unos quince mil hombres amenazaban envestir por el lado de la campiña. El rey, no teniendo un momento que perder, salió á pie con un bastoncito en la mano. Cuando llegó á las Tullerías, donde estaban las caballerizas, «montó á caballo con los de su acompañamiento, que tuvieron proporción de hacerlo; Duhalde le calzó, y poniéndole la espuela al revés.» «Es igual, dijo el rey, no voy á ver á mi querida...» Estando á caballo, se volvió hácia la ciudad, y juró no entrar en ella mas que por una brecha. No volvió á ver á París sino desde las alturas de Saint-Cloud, ni entró ya nunca mas en su recinto.

Un pastor que llegó á ser papa, estaba en aquella

época haciendo recomposiciones en San Juan de Letran, y reedificaba el grande obelisco de los Faraones; sus correos le anunciaron que el duque de Guisa había entrado en París casi solo, y exclamó: *Oh imprudente!* No tardó en saber que Enrique había dejado escapar su presa, y entonces dijo: *Oh pobre hombre!* Enrique se detuvo en Chartres, donde recibió una diputación de penitentes. «A la cabeza aparecía un hombre de grande, sucia y mugrienta barba, cubierto con un cilicio, y por encima un tahalí del que pendía un sable corvo. Con una trompeta vieja y mohosa despedía de cuando en cuando sonidos ásperos y discordantes.

«Después de ellos venía el hermano Angel de Joyense. Representaba este al Salvador subiendo al Calvario. Se había dejado atar y pintar en su cara gotas de sangre, que al parecer corrían de su cabeza coronada de espinas, y parecía que no arrastraba sino con trabajo una cruz de carton pintada, dejándose caer por intervalos, y dando gemidos lamentables.»

La historia de nuestra época viviente ha disminuido las proporciones de aquellos hechos de la historia muerta, tan famosos como en otro tiempo. ¿Qué es en efecto la jornada de las barricadas, qué es la de San Bartolomé misma en comparación de las grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de la matanza del 2, del 3 y del 4 de setiembre del mismo año; del asesinato de Luis XVI, de su hermana y de su mujer; y en fin de todo el reinado del terror? Y cuando yo me ocupaba de aquellas barricadas que echaron un rey de París, otras barricadas hacían desaparecer en algunas horas tres generaciones de reyes. La historia no espera al historiador, él traza una línea, ella abarca un mundo.

La jornada de las barricadas no produjo nada, porque no fue el movimiento del pueblo buscando su libertad; la independencia política no era todavía una necesidad común. El duque de Guisa no ensayó una subversión por el bien de muchos; solamente codiciaba una corona. Despreciaba los parisienses, aunque los acariciaba, y no se atrevía á fiarse de ellos. Tampoco se movía en el círculo de las ideas nuevas, que su familia esparcía folletos que le hacían descender de Lothar, duque de Lorena, y de los cuales resultaba que la raza de los Capetos no tenía otro derecho que la usurpación, y que los Lorrains eran los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la línea carolingia. Esta fábula llegaba un poco tarde. Los Guisas representaban lo pasado. Luchaban en un interés personal contra los hugonotes revolucionarios de la época que representaban el porvenir, porque no se hace ninguna revolución con lo pasado.

Los pueblos por su parte no miraban al duque de Guisa mas que como el jefe de una santa liga, para librarlos de los decretos bursátiles de los favoritos y de los reformados; no estendía la vista mas allá. El duque de Guisa les parecía de una naturaleza superior á la suya, un hombre hecho para ser su señor en lugar de su tirano. Si la Sorbona, si los curas, si los frailes predicaban la desobediencia á Enrique III y á los príncipes de la tiranía, consiste en que la Iglesia Romana no había admitido nunca el poder absoluto de los reyes. Había sostenido siempre que se les podía deponer en ciertos casos y por ciertas prevenciones: así todo se hacia sin una de estas convicciones de doctrina política, sin esta fe á la independencia que todo lo trastorna; había materia de revolución, no había materia de transformación, porque nada había bastante consolidado, nada bastante destruido. El instinto de libertad no se había aun cambiado

en razón; los elementos de un orden social fermentaban todavía en las tinieblas del caos; la creación comenzaba, pero la luz no estaba hecha.

La misma insuficiencia podía notarse por parte de los hombres. No eran bastante completos ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir un cambio radical en el Estado. En la jornada de las barricadas, tanto Enrique de Valois como Enrique de Guisa, fueron inferiores á su verdadera posición; el uno se manifestó falto de corazón y el otro de crimen. La partida fue remitida á la decisión de los Estados de Blois.

Profundamente disimulado como los espíritus de poco alcance, el Acuchillado se valía con el papa, con el rey de España, con el duque de Lorena y con el cardenal de Borbon, de un lenguaje diferente apropiado á cada uno. Ocultaba bien sus designios; y cuando todo estaba á punto de ponerse en acción temporizaba y no se podía resolver á dar el último paso. Mas orgullo que audacia, mas presunción que génio, mas desprecio para el rey que ardor para el reino; hé aquí lo que aparecía en la conducta del duque de Guisa. Intrigaba á caballo como Catalina en su lecho. Libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no sacaba del trato con las mujeres mas que un cuerpo debilitado y pasiones mezquinas. El tenía toda una religión y toda una nación, detrás de sí, y los puñales dieron fin á una tragedia que debió concluir por batallas, por la caída de un trono y por el cambio de una raza.

La jornada de las barricadas, tan infructuosa, le granjeó, sin embargo, grande honor en su partido. «Pero, ¿qué milagros hemos visto hace diez y ocho meses con la ayuda de Dios? ¿Quién es el que puede hablar de la jornada de las barricadas sin grande admiración, viendo á un gran pueblo que jamás había salido de las puertas de su ciudad para llevar las armas, que tenía á la entrada de sus tiendas los escuadrones reales, todo armado, dirigirse por todas las grandes plazas de la ciudad, hacer barricadas con tanta diligencia, que todos los escuadrones sin grande efusión de sangre, fueron rechazados hasta el Louvre?» (*Oración fúnebre del duque y cardenal de Guisa*).

Catalina que, sin respetar la ley sálica, quería que recayese la corona en su hija casada con el duque de Lorena, aceleró en Rouen (11 de julio de 1588) el edicto de la unión. Este edicto restablecía la paz acordando inmensas ventajas á la liga, amontonando honores y cargos en el duque de Guisa, y escluyendo á todo príncipe no católico de la corona: el rey lo firmó llorando. En aquella misma época Felipe II de España perdía su invencible armada, así como Enrique III de Francia perdía su honor. Pero los sucesos hicieron ver que por parte de Enrique, entraba en aquel abandono de toda dignidad menos cobardía que venganza. Los Estados debían reunirse en Blois durante el mes de octubre para sancionar el edicto de la cesión. Guisa y Enrique meditaban, cada uno en su interior, terminar allí su contienda.

El rey al principio se puso en actitud de obrar, despidiendo á sus ministros Belliére, Cheverny, Villeroi, Pinart y Brular; nombró en su lugar á Montholon, Ruzé y Revol. Se hizo poco aprecio de este cambio que no dejaba en el consejo ningún hombre capaz por su posición ó su experiencia de oponerse á los designios de su señor. La reina madre llegó en forma al castillo de Blois, con su hijo. Los Estados se abrieron el 16 de octubre (1588). «Una vez dentro los diputados en su silla, vestido con traje de raso blanco, la capa terciada; taladrando con sus ojos todo el espesor de la asamblea para reconocer y distinguir sus servidores, y con el solo impetu de su mirada fortificarlos en la esperanza de adelanto en

«sus designios, de su fortuna y de su grandeza, y decirles sin hablar, yo os veo, se levantó y después de haber hecho una reverencia, seguido de doscientos caballeros y capitanes de guardias, fué á buscar al rey, que entró lleno de magestad, llevando su grande órden al cuello.» (MATHIEU.)

«La arenga del rey, pronunciada con grande elocuencia y magestad, no fue nada agradable á los de la Liga; el duque de Guisa mudó el color y perdió la serenidad, y todavía mas el cardenal que instigó al clero á ir en queja ante su magestad.» El rey se vió obligado á hacer mudanzas en su discurso antes de darle al público. Cuando le corría sobre vino una tormenta tan negra, que fue preciso recurrir á la luz artificial; sobre lo cual «se dijo que Enrique acababa de hacer su testamento y el de la Francia, y que esta se había alumbrado de antorchas fúnebres para ver al rey dar el último suspiro.»

Los diputados de los tres Ordenes eran casi todos del partido de Guisa. Enrique en las cartas que dirigió á los soberanos extranjeros para justificarse del asesinato de dos hermanos, aseguraba: «que en la asamblea de los tres Estados no se habían economizado los medios para evitar que muchos falseasen en las provincias las elecciones, con objeto de quitar toda autoridad y obediencia á su magestad, y hacerle odioso á sus súbditos.»

Hé aquí cuál era el plan de Guisa: ofrecer al rey su dimisión de lugar-teniente general del reino; pedir retirarse á fin de obtener de los Estados la espada de condestable; entonces, de todas las fuerzas del reino, disponer á Valois y encerrarle en un convento. El cardenal de Guisa juraba que no moriría «antes de haber puesto y tenido entre sus piernas la cabeza de aquel tirano para hacerle la corona con la punta de un puñal. Este era un propósito de familia. Madama de Montpensier, llevaba sus suspendidas á su lado unas tijeras de oro para hacer decia, la corona monacal á Enrique, cuando fuese confinado á un claustro. Esta mujer no perdonó nunca á Enrique III favores ofrecidos y desdenados, ó algunas palabras escapadas á este monarca sobre volubilidades secretas. Estos pequeños detalles serian poco dignos de la gravedad de los fastos de la especie humana, si en Francia la historia del amor propio no estuviese tantas veces enlazada con la de los crímenes (1).

Todas las baterías estaban dirigidas para romper el cetro en las manos de Enrique de Navarra, heredero legítimo, pero protestante. El duque de Guisa hacia poco caso del Bearnés; por un recuerdo de la juventud y de la humilde condición en que le había visto. «La víspera de Todos Santos (1572), dice Estóile, el rey de Navarra jugó con el duque de Guisa á la pelota, y se hacia tan poco caso de aquel pequeño reyzeuelo prisionero que se le acosaba con palabras y pullas, como se hubiera hecho con un simple paje ó lacayo de córte, lo cual ofendía en cierta manera á muchos hombres honrados que los veían jugar.»

Resta saber si los Estados habrían adjudicado la corona al duque de Guisa. La reina madre la quería hacer pasar á la rama vieja de Lorena; el viejo cardenal de Borbon reivindicaba pretendidos derechos, y Felipe II mezclaba sus intrigas, y sus armas á todas aquellas pretensiones, y á todas aquellas discordias. De cualquiera manera que sea, Enrique III, acosado, se preparó para la venganza, que conducía con

(1) Las burlas de Enrique III podían tambien tener por objeto alguna imperfección visible. Cuando madama de Montpensier supo el asesinato de este príncipe, dijo: «¿Y bien! ¿qué os parece? ¿mi cabeza no está bien ahora? Me dicen que no bambolea como bamboleaba antes.» ¡No se podrá deducir de las palabras de madama de Montpensier que hacia alusión á alguna burla de Enrique III?

tan profundo disimulo, y al parecer ageno de un alma tan enervada y envilecida.

Comenzó por habitar al cardenal de Guisa á venir frecuentemente al palacio, bajo el pretexto de hablarle del mariscal de Matignon. El rey adulaba doblemente las pasiones del cardenal, dirigiéndose á él para modificar los Estados, y dejándole la esperanza de obtener la plaza que ambicionaba.

Enrique fingió después un acrecentamiento de fervor. Hizo construir sobre su cámara celdas pequeñas á fin de hospedar en ellas algunos capuchinos, resuelto como estaba, decia, á dejar el mundo y entregarse á la soledad. «En un tiempo en que se trataba de su vida y de su corona, parecia á la vista casi privado de movimiento y de sentidos. Escribía con su propia mano una memoria, «para enviar frontales de altar y otros ornamentos de iglesia á los Capuchinos.» El duque de Guisa fue de tal modo engañado con aquellas señales de una imbecil debilidad, que no queria creer en ningún proyecto del rey. *Es demasiado poltron*, decia á la princesa de Lorena; *no se atreverá*, decia á la reina madre, que parecia advertirle, aconsejándole tal vez su muerte.

Enrique arregló de antemano todo lo que había de hacer la semana de Natividad, semana que había fijado para la catástrofe, anunciando para el viernes una peregrinación á Nuestra Señora de Clery. Los mas celosos servidores de este príncipe, viéndole dedicarse á estos cuidados, desesperaban de su seguridad. De la misma manera que el duque de Guisa recibía continuas manifestaciones de los designios del rey, Enrique no cesaba de ser advertido de las maquinaciones del duque de Guisa: el duque de Espernon le remitía los detalles en sus cartas, y lo que había de mas extraño, el duque de Mayenne y el duque de Aumale entraban en el número de los denunciadores: el uno despachó á Blois un gentil-hombre, y el segundo á su esposa para instruir al rey de todo. No se puede dudar de este hecho, puesto que Enrique III lo refiere en su declaración pública del mes de febrero de 1589, contra el duque de Mayenne. Afirma que este duque le había dicho que, si no venia él mismo á revelar el crimen proyectado de su hermano, era porque estando en Lyon temia no podía llegar bastante presto; este hecho está tambien confirmado con el duque de Nevers en su *Tratado de la toma de las armas*. Y sin embargo, á pesar de la declaración de Enrique III, la liga, á falta de otro mas á propósito, puso á Mayenne á la cabeza. Este mismo Mayenne había rehusado entrar en maquinaciones contra la vida del rey, particularmente en la que había de ser ejecutada el día de los funerales de la reina de Escocia, y una vez había querido batirse contra su hermano el duque de Guisa.

En cuanto á la duquesa de Aumale estaba empeñada desde el nacimiento de la liga, en advertir al rey de todo lo que se tramaba contra él. Desgraciadamente Villequier, que hacia traición á Enrique III, había sorprendido muchas veces sus conferencias. Esta mujer el 10 de noviembre de 1588, escribió á la reina madre; Catalina envió á buscar á su hijo, á quien mandó ir á ver á Miron, su médico, para tomar sus órdenes. «Decid al rey, que le ruego baje á mi gabinete, porque tengo que decirle cosas que importan á su vida, á su honor, y á su Estado.» El rey bajó acompañado de uno de los familiares y de Miron: Catalina y su hijo se retiraron al alfeizar de una ventana. Cuando el rey salió, los dos testigos que estaban aparte en el otro extremo del gabinete oyeron pronunciar á la reina madre estas palabras. «Monseñor mi hijo, es preciso despachar, es demasiado esperar; dad buenas órdenes para que no seais engañado como lo fuisteis en las barricadas de París.» Otros han creído que Catalina ignoró el proyecto de Enrique, y que se hubiera opuesto á él por

el sistema de contrapeso que empleaba para conservar su autoridad en medio de las facciones, pero es preciso preferir á esta versión el testimonio de un testimonio aricular (Miron).

Se notó que el duque, que había tenido conocimiento de la conferencia, se paseó mas de dos horas á paso agitado dando señales de impaciencia, en medio de los *pages* y de los *lacayos* en el terrado de la torre del castillo, llamado *Pertiga de Breton*.

Este castillo estaba unido á la ciudad por un camino practicado en la roca, y era un vasto edificio donde estaba impresa la mano de varios siglos, desde las obras feudales de los Chatillon y la torre del castillo Renaud, hasta las obras medio griegas y medio góticas de Luis XII, de Francisco I y de sus sucesores; allí fue donde tuvo lugar una de las catástrofes más trágicas de la historia.

Tres dias antes, el Acuchillado había invitado á cenar al cardenal su hermano, arzobispo de Lyon, al presidente de Neuilly, Chapelle-Marteau, provosto de los comerciantes de Paris y á Mendreville, todos de su facción. El duque, por uno de aquellos presentimientos vagos que advierten el peligro, tenía alguna intención de hacer un viaje á Orleans; dijo á sus convidados, que se le advertía de una empresa del rey acerca de su persona, y les pedía consejo.

El arzobispo de Lyon habló con energía contra todo proyecto de retirada; era en su concepto malograda una ocasión que no se volvería á encontrar jamás, despues de haber tenido la suerte de convocar los Estados y de ver reunidos tantos miembros de la Santa Union. Sostuvo que el duque de Guisa disponía del tercer Estado, del clero y de mas de la tercera parte de los miembros de la nobleza. El presidente de Neuilly estaba todo alarmado. Chapelle-Marteau decía que no había nada que temer; pero Mendreville declaró, jurando, que el arzobispo de Lyon hablaba del rey como de un príncipe sensato y bien aconsejado, pero que este en realidad era un loco y que obraría como tal; que no tenía ni discernimiento ni prevision; que si había concebido algun proyecto lo ejecutaría bien ó mal. Así que era preciso presentarse fuertes ante él ó de otra manera no habría ninguna seguridad.

El duque de Guisa comprendió que Mendreville tenía mas razón que los demás; pero añadió: «Mis negocios han llegado á tal término que aun viendo entrar la muerte por la ventana, no trataré de salir por la puerta para huir de ella.»

El rey por su parte había reunido su consejo, compuesto de los señores Rieux, Alfonso Ornano, y los secretarios de Estado. «Hace tiempo, les dijo, que estoy bajo la tutela de los señores de Guisa. He tenido mil motivos para desconfiar de ellos, pero no los he tenido tan grandes como desde la apertura de los Estados. Estoy resuelto á tomar razones de tales motivos, pero no para proceder por la via ordinaria de justicia; porque Mr. de Guisa tiene tanto poder en aquel lugar que si yo hiciera que le formasen proceso, él mismo le formaría á los jueces. Estoy resuelto á hacerlo matar en mi misma cámara; ya es tiempo de que yo sea solo el rey: el que tiene compañero tiene señor.» (PASQUIER).

Habiendo cesado de hablar el rey, uno ó dos miembros del consejo propusieron la prision legal y el proceso en forma; todos los demás fueron de opinion contraria, sosteniendo que en materia de crimen de lesa magestad el castigo debía preeder al juicio.

El rey confirmó esta opinion: «Poner al de Guisa en prision, dijo, equivaldría á poner en las redes un jabalí que fuese mas poderoso que nuestras cuerdas.» (L'Estoile.)

Se deliberó sobre el dia en que se había de dar el golpe, y el rey declaró que haría matar al duque de

Guisa en la cena que el arzobispo de Lyon le debía dar el domingo antes de Santo Tomás. Despues fue demorado el dia de la ejecución hasta el miércoles siguiente, dia mismo de Santo Tomás, y en fin se señaló el dia 23 antevíspera de Natividad.

El 22 el duque de Guisa, se ponía á la mesa para comer, y encontró bajo su servilleta un billete concebido en estos términos: «*Estad prevenido; se trata de jugaros una mala partida.*» Escribió por debajo con lápiz: *ninguno se atreverá*, y tiró el billete bajo la mesa. El mismo dia, el duque de Elbeuf le dijo que al dia siguiente se atentaria contra su vida. «*Veo bien, primo mio*, respondió el Acuchillado que *habeis mirado vuestro almanaque, porque todos los de este año están llenos de tales amenazas.*» (L'ESTOILE).

El rey había anunciado que iría el dia 23 al Canal casa de campo á la extremidad de una alameda en la márgen del bosque de Blois, á fin de pasar la víspera de Natividad en oraciones. Confiado por el proyecto de este pretendido viaje, el cardenal de Guisa, instó á su hermano á partir para Orleans, diciendo que era bastante fuerte, el cardenal, para arrebatar á Enrique y conducirlo á París. Una vez puesto en manos de los parisienses, los Estados le habrían depuesto como incapaz de reinar, y despues le confinarian á un castillo con una pensión de doscientos mil escudos; el duque de Guisa había de ser proclamado rey en su lugar: este era el último plan, porque los planes variaban. Catalina misma había pensado en privar á su hijo de la corona pero dándole en su retiro mujeres en lugar de oro, como cadenas mas seguras; ella hubiera entonces pedido el trono para el duque de Lorena, su nieto por parte de su hija. Dos grande conspiradores trataban pues de adelantarse para arrancarse mutuamente el poder y la vida; sus maquinaciones respectivas eran conocidas de uno y otro; el mas disimulado ganó al mas vano.

El 22, el rey, despues de la cena, se retiró á su cámara á eso de las siete, y ordenó á Liancourt, primer escudero, que hiciese avanzar una carroza á la puerta de la galería de los Ciervos, el dia siguiente por la mañana, 23 de diciembre á las cuatro, fingiendo siempre insistir en el proyecto de ir al Canal. Al mismo tiempo envió al señor de Marte á invitar al cardenal de Guisa para que fuese al palacio á las seis, porque deseaba hablarle antes de partir. El mariscal de Aumont, los señores de Rambouillet, de Maintenon, de O, el coronel Alfonso Ornano, y algunos otros señores y personas del consejo, y los cuarenta y cinco caballeros ordinarios recibieron orden de hallarse á la misma hora en la cámara del rey.

A las nueve de la noche el rey mandó á Larchant, capitán de los guardias de corps, colocarse á las siete de la mañana del dia siguiente con algunos individuos en el paso del duque de Guisa, cuando viniese al consejo.

Larchant y los suyos habían de presentar á este príncipe una petición que tenía á que se les pagaran sus sueldos. Tan pronto como el duque estuviese dentro de la cámara del consejo que formaba la antesala de la cámara del rey. Larchant se apoderaría de la escalera y de la puerta, y no dejaría entrar, salir, ni parar á nadie. Otros veinte guardias serian colocados por él (Larchant) en la escalera del gabinete viejo, por donde se bajaba á la galería de los Ciervos.

Estando todo dispuesto de esta suerte, Enrique entró en su gabinete con Termes; era Roger de Sain-Lary de Bellegarde, tan conocido despues. A media noche Valois le dijo: «Hijo mio, id á acostaros, y decid á Duhalde que no deje de despertarme á las cuatro, y tú te encontrarás aquí á la misma hora. El rey tomó su palmatoria, y se fué á dormir con la reina.» (Miron.)

El duque de Guisa relaba entonces cerca de Car-

lo'a de Beaume, nieta de Semblancai, casada primero con el señor de Sauvé, y en segundas nupcias con Francisco de la Tremonille, marqués de Noirmontiers. Tan bella como veleidosa, pasaba, segun cierta libre espresion de aquella época, á acostarse de un partido al otro. Ligada en otro tiempo con el duque de Alençon y el rey de Navarra, los secretos que sorprendía á su placer, los revelaba á Catalina de Médicis y al duque de Guisa. Esta vez se propuso esclarecer los peligros que éste corria, y le aconsejó huir; pero creyó menos en estos consejos que en sus caricias, y permaneció hasta las cuatro de la mañana que volvió á su casa, donde se encontró con cinco billetes que todos le advertían tomase precauciones contra el rey. El duque puso sus billetes bajo la almohada. El jóven paje, su cirujano, y otros muchos parciales que le rodeaban, le suplicaron tuviese en cuenta el aviso. «Esto no concluiría jamás, respondió: durmamos, y vosotros id á acostaros.» (Miron.)

El 23, á las cuatro de la mañana, Duhalde vino á llamar á la puerta de la cámara de la reina; la señora de Piolant, primera dama de cámara, acudió al golpe: «¿Qué es eso?» dijo.—«Es Duhalde, respondió éste; decid al rey que son las cuatro.»—«Duerme, y la reina tambien;» replicó la de Piolant.—«Despertadle, dijo Duhalde, ó llamaré tan fuerte, que los despertaré á los dos.»

El rey no dormía: sus inquietudes eran demasiado vivas. Habiendo sabido la venida de Duhalde, pidió sus botines, su ropa de cámara y su palmatoria; se levantó, y dejando á la reina conmovida, pasó á su gabinete, donde ya le esperaban Termes y Duhalde. Tomó las llaves de las celdas destinadas á los capuchinos; subió alumbrado por Termes, que llevaba la palmatoria delante de él; abrió una celda y encerró en ella á Duhalde espantado; volvió á bajar, y á medida que los cuarenta y cinco caballeros de su guardia se presentaron, los condujo á las celdas, en las cuales los encarceló uno á uno como á Duhalde. Los personajes convocados al consejo comenzaron á llegar al gabinete del rey, adonde penetraban al través de un pasadizo estrecho y oblicuo que Enrique había practicado espresamente en un rincón de su cámara de dormir, la cual precedía á este gabinete. La puerta ordinaria de la cámara estaba tapiada. Cuando los ministros y los señores hubieron entrado, el rey fué á poner en libertad á sus prisioneros, los llevó en silencio á su cámara, les mandó no hacer ruido alguno á causa de la reina madre que estaba enferma y alojada debajo.

Tomadas estas precauciones, el rey volvió al consejo, y repitió á los asistentes lo que ya les había dicho sobre la necesidad en que se encontraba de prevenir las maquinaciones del duque de Guisa. El mariscal de Aumont dudaba por qué el rey había prometido y jurado el 4 de diciembre sobre el santo sacrificio del altar, perfecta reconciliacion y amistad con el duque de Guisa: «Primo mio, le había dicho, ¿creeis que yo tenga el alma tan malvada, que os quiera mal? Todo lo contrario; declaro que no hay ninguno en mi reino á quien ame mas que á vos, y á quien esté mas obligado, como yo lo haré constar con buenos efectos, de aquí á poco tiempo...» Aquel ateo de Enrique de Valois consumió su traicion, sellándola con el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. (*Vida y muerte de Enrique de Valois.*)

Se calmaron los escrúpulos del mariscal de Aumont, esforzándose en probarle que el duque de Guisa había sido el primero á faltar á su palabra.

El rey pasó del gabinete del consejo á la cámara donde estaban reunidos los caballeros, y les habló de esta manera:

«No hay ninguno de vosotros que no esté obligado á reconocer cuánto y cuán grande es el honor que ha recibido de mí, habiéndoois elegido entre toda la

nobleza de mi reino para confiar la mia á vuestro valor, vigilancia y fidelidad. Habeis sido mis favorecidos, ahora yo quiero ser el vuestro en una ocasion urgente, donde se trata de mi honra, de mi Estado y de mi vida. Sabeis todos los insultos que he recibido del duque de Guisa; los que he sufrido, hasta dudar de mi poder y mi valor, pensando con mi dulzura detener el curso de aquella violenta y furiosa ambicion. Está resuelto á hacer el último esfuerzo sobre mi persona, para disponer despues de mi corona y de mi vida, por lo cual me veo reducido á tal extremo, que es preciso que yo muera ó que él muera, y que esto suceda esta mañana. ¿No quereis servirme ó vengarme?» Todos á la vez gritaron que estaban dispuestos á matar al rebelde, y Sariae, caballero gascon, golpeando con su mano el pecho del rey, le dijo: «¿Por Dios, que yo os lo he de dar muerto!»

Enrique le rogó que moderase el testimonio de su celo, por temor de despertar á la reina madre. «Viremos, dijo despues, quiénes de vosotros teneis puñales.» Los tenían ocho: el puñal de Sariae era de Escocia. Estos ocho caballeros, provistos del arma de los asesinos, fueron particularmente elegidos para permanecer en la cámara y dar los primeros golpes. El rey les unió otro guardia, llamado Loignard, que no tenía mas que espada. Otros doce de los cuarenta y cinco, fueron colocados en el viejo gabinete en donde el rey debía llamar al duque; recibieron la orden de matarle ó de acabar de matarle á estocadas cuando levantase la mampara de terciopelo para entrar en el gabinete. El resto de los guardias tomaron su puesto en la subida que comunicaba desde el gabinete hasta la galería de los Ciervos. Nombu, ugier de cámara, no debía dejar entrar ni salir á ninguno sin el mandato espreso del rey. El mariscal Aumont se sentó en el consejo para asegurarse del cardenal de Guisa y del arzobispo de Lyon, despues de la muerte del duque.

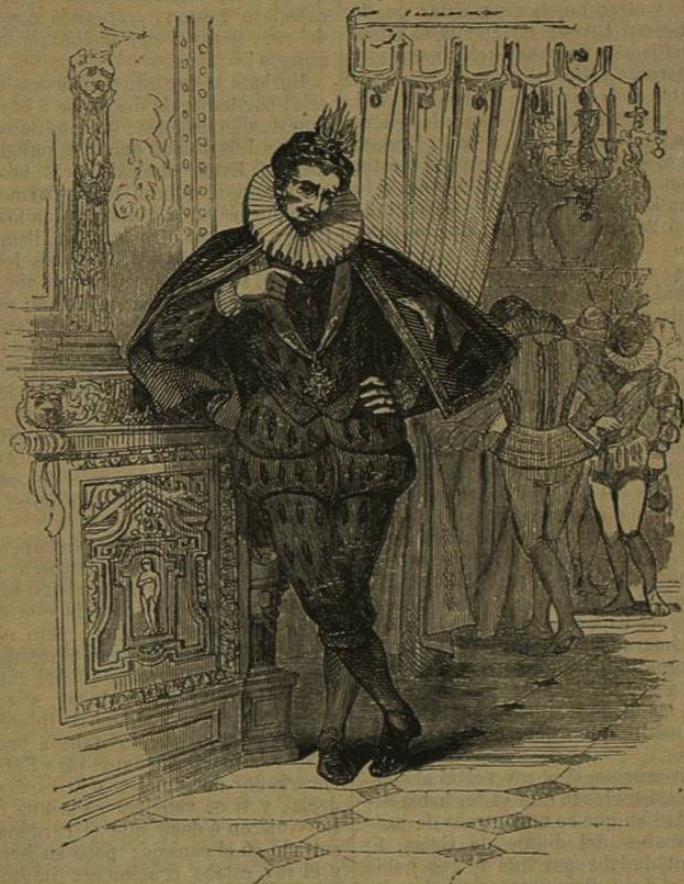
El rey se retiró á un departamento que daba vista á los jardines, despues de haberlo ordenado todo con la sangre fria de un general que vá á dar una batalla decisiva; no se trataba mas que del asesinato y de la muerte de un hombre; pero este hombre era el duque de Guisa. Enrique permaneció solo, no conservaba ya aquella tranquilidad anterior; iba, venia, no podía estar en su lugar, y se presentaba á la puerta del gabinete. Lleno de interés y de compasion por los asesinos, les invitaba á prevenirse contra el valor y la fuerza de aquel otro Enrique que estaban encargados de inmolar. «El es grande y fuerte, les decía, y si os venciera seria una ocurrencia fatal.» Le vinieron á decir que el cardenal de Guisa había entrado en el consejo; pero su hermano no llegaba, y el rey estaba cruelmente impacientado con este retraso.

El duque dormía; buscaba en el sueño la reparacion de su fuerzas agotadas en las voluptuosidades de aquella misma noche que vió preparar su muerte; iba á entrar en otra noche mas larga donde tendria tiempo de reposar, próximo como estaba á caer desde los brazos de una mujer entre las manos de Dios. Sus sirvientes de cámara no le despertaron hasta las ocho, diciéndole que el rey estaba ya para partir. Se levantó de prisa, vistió un jubon de raso pardo, y salió para ir al consejo.

Al llegar al terrado del castillo, se le acercó un caballero de Auvergne, llamado La Salle, que le suplicó no pasara adelante: «Mi buen amigo, le respondió, ya hace mucho tiempo que estoy curado de aprehensiones.» Cuatro ó cinco pasos mas adelante encontró un picardo, llamado Aubencourt, que intentaba detenerle; el duque le trató de bobo. Aquella mañana misma había recibido nueve billetes que le anunciaban su suerte, y había dicho, metiendo el úl-

timo en el bolsillo: «Hé aquí el noveno.» Al pie de la escalera del palacio, el capitán Larchant le presentó como ya estaba convenido con el rey, una petición, á fin de obtener la paga de los guardias: eran aquellos mismos guardias preparados á asesinar á aquel de quien imploraban bondad, y que se aprovechaban del carácter generoso del duque para quitarle las sospechas que hubiera podido concebir á la vista de los soldados.

Llegado á la cámara del consejo, pareció, si embargo, asombrado de la presencia del mariscal Aumont; porque no se debía tratar mas que de asuntos de hacienda. Se sentó y dijo un momento despues:



ENRIQUE III.

sentó al duque algunas frutas secas que habia pedido en el momento de su desfallecimiento.

Habiendo sabido Enrique la llegada del duque de Guisa, envió á Revól para invitarle á que pasase al gabinete viejo para hablarle. El ugiere de la cámara rehusó, segun su consigna, el paso á Revól; éste volvió donde estaba su señor, con semblante azorado: «¡Dios mio! ¿qué tienes, dijo el rey; qué hay? ¿por qué estás pálido? Temo que lo echés á perder todo.» Explicada la causa de la vuelta de Revól, Enrique abrió la puerta del gabinete y mandó á Nambre dejar pasar á Revól.

Marillac, maestre de peticiones, hacia relacion de un negocio sobre impuestos, cuando Revól apareció en la sala del consejo. «Monseñor, dijo al duque de Guisa, el rey os espera en su gabinete viejo.» Se le-

«Estoy frio, el corazon me hace mal; que se ponga fuego.» Algunas gotas de sangre le cayeron de la nariz y algunas lágrimas de los ojos, debilidad que se atribuyó á desarreglo mas bien que á presentimiento. Estando junto al fuego, dejó caer su pañuelo, y puso encima un pie en actitud de descuido. Fontenai ó Montefontaine, tesorero de economías, le levantó; lo cual dió ocasion al duque de Guisa para suplicar á Fontaine fuese á buscar á Pericat, su secretario, encargándole que viniese prontamente. «Era, como han creido muchos, segun dice Pasquier, á fin de advertir á sus amigos del peligro donde creia hallarse.» Saint-Prix, primer sirviente de la cámara del rey, pre-

vantó el duque de Guisa, guardó algunas frutas secas en su caja de guarda-confites, y esparció el resto sobre el tapete, diciendo: «¿Quién los quiere?» Echó sobre sus espaldas la capa, que volteó tan pronto de un lado como de otro, aparentando buen humor; la terció bajo su brazo izquierdo, se puso los guantes, sosteniendo con la mano del brazo que levantaba la capa, la caja con las frutas, y dijo á los miembros del consejo: «Adios, señores:» y en el instante se llegó á las puertas de la cámara del rey. Nambre las alzó, salió incontinenti, y cerró la puerta detrás del duque.

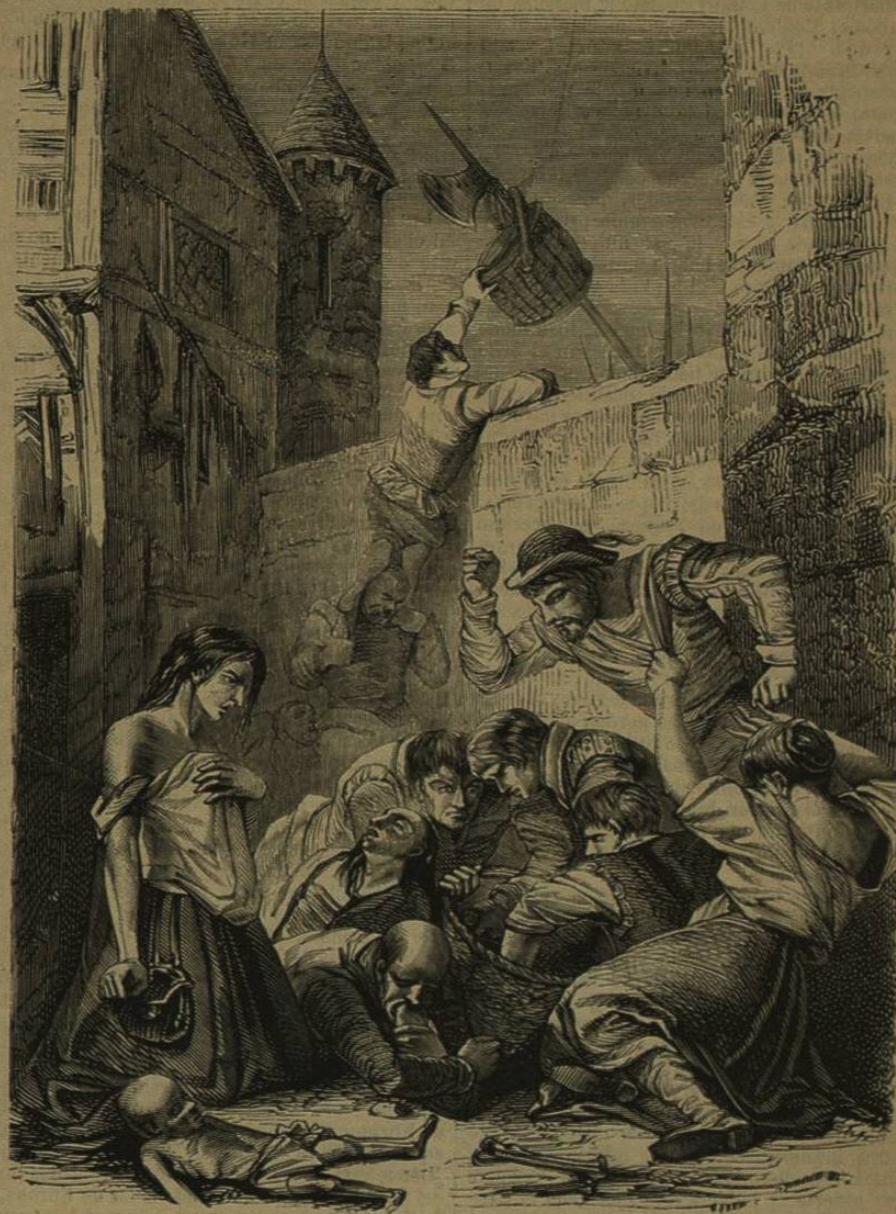
Guisa saludó á los guardias que estaban en la cámara; los guardias se levantaron é inclinaron, acompañándole con muestras de respeto. Uno de ellos le tocó en un pie; ¿era el último aviso de un amigo?

Guisa atravesó la cámara. Cuando entraba en e-

corredor estrecho y oblicuo que conducia á la puerta del gabinete viejo, cogió su barba con la mano derecha, y casi se volvió para mirar á los caballeros que le seguian. Motlery, el mayor que estaba cerca de la chimenea, creyó que el duque queria retroceder para ponerse á la defensiva, se adelantó, le cogió por el brazo y sepultando el puñal en su seno exclamó: «¡Muere, traidor!»

Effranates se arrojó á sus piernas á fin de sujetarlo Sainte-Malines le dió otra puñalada que le atravesó desde la garganta hasta el pecho; Loinac le clavó la espada en los riñones.

El duque á todos estos golpes, decia: ¡amigos míos! ¡amigos míos! Herido del estoque de Sariac en la espalda, gritó en alta voz, ¡Misericordia! «Y á pesar de que tenia la espada enredada en su capa y las pier-



HAMBRE DE PARIS.

nas sujetas, no dejó sin embargo de arrastrarlos ¡tal era su valor! de un extremo á otro de la cámara.» Caminaba con los brazos estendidos, los ojos apagados, la boca abierta, como muerto. Uno de los asesinos no hizo mas que tocarle, y cayó en el lecho del rey; jamás lecho tan deshonorado vió morir tanta glo-

ria. El cardenal de Guisa, sentado en el consejo con el arzobispo de Lyon, oyó la voz de su hermano que clamaba misericordia de Dios: «¡Ah! ¡mi hermano es muerto! exclamó.» Retiró su silla para levantarse; pero el mariscal de Aumont le dijo con la mano en la espada: «¡No os movereis, juro á vrios, monseñor! El